

El unicornio y sus estrellas

Los relatos de Delfina Collado -y ahora nos referimos a El unicornio y sus estrellas- siempre desencadenan chapuzones de acharitas y remojos de cabangas latentes todavía. Si bien las infancias son diferentes por normativas ajenas a los niños, ellas tienen en común la magia, entendiéndola como hechizo. La credibilidad de los embelecados marcha a pie junto con la necesidad de que se les acune con historias, reales o fantásticas, posiblemente para hacer de la imaginación el rasero faltante para el equilibrio.

Como Delfina se tiene un cofre repleto de «vivencias» -

Husserl a la postre se impone -saca a relucir -no a asolear porque el calor propio las conserva en su salsa- acontecimientos o sucedidos propios o ajenos, de esta u otra parte, y maquina historias aliñadas con su picardía de patente propia, con la que siempre nos ha encantado.

Oficia como veedora, hacia adentro y hacia afuera, porque su alma poética ha estado, estuvo o está en cualquier parte. Mira la vida y le pellizca su historia, médula que luego adorna -y lo hace muy bien- con sus elementos -usuales y sorpresivos siempre- con pinceladas de ternura, malicia o realidad puramente real.

La vida se tiene sus fábulas y Delfina oficia de fabuladora. Pero es tan diáfano su mito, que qué importa, se dice el lector, afirmar que lo creo si esa aseveración llena el vacío del niño que se dice todos llevamos adentro.

En El unicornio y sus estrellas, Delfina Collado recoge historias de una infancia feliz: la lluvia esperada, el diente de leche y el milagro del ratón, el conejo, las trenzas, la recolecta de las fresas, la trapisonda en la procesión solemne, el veranillo de San Juan, los piojos, el aceite de bacalao, las jícaras, el Dulce Nombre, etcétera.

La autora crea y recrea y disfruta en ese oficio de contar, especialidad conocida ya sea oralmente o por escrito. El lector vuelve a ser niño. Se deja acunar y siente el embrujo de los duendes tal vezidos pero siempre resucitables.

Puede que más de alguno le achaque carencia de los elementos que ahora dicen que forman un cuento. Pero el destinatario de El unicornio y sus estrellas -el lector niño o viejo- no toma en cuenta, porque no le importa, los dimes y diretes. Termina el libro con una sonrisa infantil y murmura -musita tal vez- un muchas gracias a Delfina porque tiene la virtud de hacerse hechicera y embriagar las almas.

¿Qué más puede pedir un escritor?

Francisco Zurita